

Mónica Rodríguez

Cueto Negro

*A Marta, Belén, Evelyn, María, Marina, Gabriela, Noa, Nadia y Noelia,
que leyeron un fragmento de esta novela cuando aún estaba imaginándose
durante el taller del hospital Niño Jesús de Madrid, organizado por la
biblioteca Eugenio Trias, y me animaron a continuarla. Sin su aliento no
habría escalado esta montaña.*

A mi hermana Marta, que me ha salvado tantas veces.

© Lóñez Ediciones 2021
37900 Santa Marta de Tormes (Salamanca)
www.loguezediciones.es
© Cubierta de Eva Vázquez
ISBN: 978-84-123116-1-7
Depósito legal: S XX-2021
Impreso en España

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com Tfños. 91 308 63 30 - 93 272 04 47).



MÓNICA RODRÍGUEZ

Cueto Negro

Lóguez

Los fines de semana de invierno subíamos a Pajares. Desde la ventanilla del coche veíamos los cúmulos de nieve en los bordes de la carretera. Al principio eran islas aisladas. Después las islas se iban juntando, formaban penínsulas, continentes. Los faros del coche iluminaban el paisaje, lo amarilleaban por un instante para hundirse después en la blanca penumbra de la nieve. Porque de pronto todo era nieve y oscuridad. Mi padre detenía el coche y era que habíamos llegado.

Los albergues del Brañillín se esparcían como moles negras por la estación de esquí. Las luces de sus ventanas parpadeaban. Al salir a la noche, el aire nos enfriaba las mejillas. Era el beso cortante de la montaña. En medio del frío, sonaban las puertas del coche al cerrarse, algunas palabras de nuestros padres dándonos instrucciones, coge esa bolsa, agarra tú aquella. Después, solo quedaba el silencio inmenso, casi sagrado de la sierra de Cueto Negro. Y dentro de él, nuestros pasos sobre la nieve. Recuerdo que aquel frío que nos helaba me hacía olvidar el malestar de las curvas del camino. Que aquel cielo

hondo e inacabable me impresionaba lo mismo que su silencio. Todo tenía una dimensión y una profundidad mayor que en la ciudad. Hacía que mi pensamiento se detuviera. La grandeza de la montaña me emocionaba. Lo hacía de un modo íntimo, sin palabras. Nada de esto podría haberlo expresado entonces. La naturaleza era ajena al lenguaje. La poesía colmaba los sentidos y no necesitaba del poema. Yo era una niña, eso era la nieve, aquello el monte, el cielo. Me bastaba. Y, sin embargo, aquel fin de semana de invierno, todo iba a cambiar. Mi mirada de niña se transformaría para siempre con los descubrimientos que me aguardaban en el albergue. El amor, el deseo, la visión de la ventana y la culpa. Pero nada de esto podía saber entonces.

Tardé en seguir a mis padres y a mi hermana. El reencuentro con la montaña era una de las alegrías del invierno. De pie, envuelta en el latido luminoso de la nieve, comencé a girar. Las estrellas caían, la oscuridad caía sobre mi cabeza.

Mi padre gritó:

—¿Quieres venir, Cecilia?

Entonces la vi. Fue un instante. Una raya de luz cruzó el cielo y desapareció. Me quedé de piedra. Tenía que pedir un deseo, pero no se me ocurría nada.

Hacía apenas un momento podía haber enumerado cientos de cosas que deseaba y ahora mi mente estaba en blanco como las montañas. Pensé que iba a perder la oportunidad. El cielo se había vuelto transparente y no tenía fin. Envolvía el monte negro bajo la tenue luz de la nieve. Había árboles y matorros en la ladera oscureciendo su resplandor. Era el monte que veíamos desde las ventanas del albergue. Allí no se esquiaba. Aquellos árboles lo impedían y entre ellos siempre me había imaginado lo bello y lo terrible. La flor y el lobo. Entonces salió de mis labios.

—Subir a la cima.

Lo dije en voz baja. Repetí.

—Subir sola.

Mis ojos contra el recuerdo de aquella raya de luz. El viento cortaba mis labios.

—O con Mario —dijeron.

Y los apreté para que no dijeran más, enfadada por lo que habían pedido.

—¡Cecilia!

Me volví. Distinguí la figura de mi madre en las escaleras del albergue. La sombra del tejado triangular contra la noche. Corrí hacia ella con el corazón golpeándose en el pecho. Antes de llegar, salió Tom, el

perro pastor de Higinio, el encargado del albergue. Verlo era otra de las alegrías del invierno. Me arrodillé junto a él y le acaricié el hocico. Después, agarré un puñado de nieve y subí corriendo las escaleras mientras sentía cómo se deshacía el frío entre mis dedos.